

Nuevos datos sobre el manuscrito de las *Obras* de Francisco de la Torre*

Sabido es que le debemos a don Francisco de Quevedo el haber rescatado del olvido la poesía de Francisco de la Torre editando sus *Obras* en 1631¹, pero también es verdad que, junto con el impagable legado lírico, nos dejó en herencia un enrevesado problema de identificación que, hasta la fecha, no ha sido aún resuelto. En los preliminares de dicha edición, Quevedo declara haber hallado el manuscrito

... en poder de un librero que me las vendió con desprecio. Estauan aprouadas por don Alonso de Ercilla, y rubricadas del Consejo para la imprenta, y en cinco partes borrado el nombre del autor, con tanto cuidado, que se añadió humo a la tinta. Mas los propios borriones (entonces piadosos) con las señas parlaron el nombre de Francisco de la Torre, autor tan antiguo, que me advirtió el conde de Añover, [...] que hacía dél mención Boscán...².

De las palabras de Quevedo deducimos que hubo un frustrado intento editorial llevado a cabo entre 1580 y 1594 (fecha de la primera aprobación conocida de Ercilla y de su muerte, respectivamente), y que después se hizo el silencio más absoluto alrededor de la vida y obra de Francisco de la Torre; tanto, que Quevedo lo confunde, sorprendentemente, con un poeta de cancioneros muerto en 1460: Alfonso de la Torre, el autor a quien, verdaderamente, menciona Boscán.

Naturalmente, tamaña equivocación, y la reticencia a crearla cierta, han llevado a la crítica a barajar las más dispares hipótesis de identificación, y así tenemos que, a lo largo de tres siglos y medio, se han sucedido

* La presente comunicación quiere sólo dar noticia sucinta de una investigación expuesta detalladamente en *El poeta perdido: aproximación a Francisco de la Torre* (Pisa, Giardini, 1984), y en la edición de la *Poesía completa* de Francisco de la Torre (Madrid, Cátedra, 1984).

¹ *Obras del Bachiller Francisco de la Torre* (Madrid, en la Imprenta de Reyno, a costa de Domingo González, mercader de libros, 1631).

² *Ibidem* hs. 7v-8r.

propuestas que han querido ver en el nombre de Francisco de la Torre un pseudónimo del propio Quevedo, de don Juan de Almeida o de Miguel Termón; o que han creído descubrir en él a personajes con biografías a veces un tanto inverosímiles, a veces perfectamente documentadas, pero faltas de una prueba concluyente que permita identificarlas con el autor de los versos³; ninguna de estas hipótesis es, sin embargo, satisfactoria, y el misterio de Francisco de la Torre sigue en pie, mientras creer en una equivocación de Quevedo se muestra cada vez más improbable.

Para afrontar el problema, el camino más razonable me pareció ser el de volver a examinar el primer testimonio de la existencia de Francisco de la Torre, es decir, la edición de 1631. En ella, además del texto de sus poesías, figuran doce traducciones de sonetos italianos —once de Petrarca y uno de Domenico Veniero, y dos de odas de Horacio, llevadas a cabo por el Brocense; otra oda del latino vertida al castellano por fray Luis de León, pero descuidadamente puesta al final de los ejercicios poéticos de Francisco Sánchez, sin indicación de su verdadero autor⁴; y todavía otra más traducida, respectivamente, por Almeida, Alonso de Espinosa, el Brocense y fray Luis, a la que acompañan las cartas cruzadas entre los tres primeros y el último con motivo de la solicitud de la versión del agustino; a este conjunto de poesías le precede una breve nota de presentación de las de Francisco de la Torre firmada por Almeida y dirigida a el Brocense, en la que le pide que las una a sus propias traducciones, y le sigue un comentario sobre la cisura o encabalgamiento léxico.

Esta segunda parte de la edición quevedesca, denominada «apéndice» por la crítica moderna —término poco feliz que ha contribuido a oscurecer aún más las cosas⁵—, nos permite enfocar el problema de Francisco de la Torre desde su entorno cultural, o sea, la Salamanca universitaria pos-tridentina. Don Juan de Almeida, el rico rector de origen portugués en cuya casa se reunió lo más granado —y después perseguido— de la inte-

³ Tal es el caso, en mi opinión, de las dos soluciones propuestas por los dos últimos libros publicados sobre la vida del poeta; el primero, *Francisco de la Torre e D. João de Almeida*, de Jorge de Sena (París, Funda-ção Gulbenkian, 1972), baraja a Juan de Almeida y a Miguel Termón como posibles encarnaciones de nuestro poeta; del segundo, *De Quevedo a Fray Luis. En busca de Francisco de la Torre* (Salamanca, Ed. Atlas, 1982), se concluye que Francisco de la Torre sería un jesuita (1521-1528z0 que vivió en Toledo, Salamanca y Granada, y que hubo de escribir su obra lírica antes de 1555, fecha en la que, sin embargo, y a juzgar por la cronología de las poesías italianas traducidas por nuestro poeta, no parece que aquella estuviera escrita en su totalidad.

⁴ Este descuido le sirve al profesor Blanco para reivindicar a Fray Luis de León como autor de todas las traducciones del Brocense que figuran en dicha edición, basándose en la reconocida maestría lírica del agustino y en la gramatical —pero en ningún modo poética— de Francisco Sánchez. El argumento no tiene, sin embargo, apoyos textuales o documentales.

⁵ La indicación tipográfica original era: «Síguense traducciones de Horacio, y del Petrarca, del maestro Sánchez el Brocense».

lectualidad salmantina⁶, le entregó al Brocense antes de agosto de 1572 (fecha de su muerte) la obra lírica de nuestro poeta —la cual, no lo olvidemos, es en buena parte un ejercicio de imitación y traducción de poesías petrarquistas italianas—, y así ésta pasó a formar un volumen con las versiones del maestro Sánchez y con otras que, aun no siendo suyas, tenía en su poder⁷.

Parece claro —en mi opinión— que, al reunir todas estas traducciones e imitaciones, el Brocense se estaba empenando en una tarea editorial análoga a la de las «raccolte di rime» italianas que tanto éxito tuvieron en casa propia y más en la ajena (su influencia en nuestra literatura es decisiva), y lo creo así no sólo por su carácter de labor conjunta (que no de un solo poeta: Francisco de la Torre, tal y como parece desprenderse del uso de la denominación de «apéndice» aplicada al resto del texto); sino también porque el comentario sobre la cisura que le sirve de colofón responde puntualmente al modelo de anotaciones filológicas propio de las antologías italianas, y de tal manera, que está copiado de la primera de las «Annotatione» de Girolamo Ruscelli a las *Fiori delle Rime de'poeti illustri*⁸, antología en la que, además, figura el soneto de Domenico Veniero traducido por el Brocense.

A todas luces, es el Maestro Sánchez el autor y recopilador de esta segunda parte de la proyectada edición, quedando para don Juan de Almeida el papel de mediador —ahí está la nota de presentación—, o quizá de costeador de la misma.

Con estas premisas podría pensarse que fue la muerte de Almeida (1572) el factor desencadenante de la interrupción de la empresa, pero esto no es posible, ya que la aprobación, firmada por Ercilla, tuvo que ser posterior a 1580, de donde lo más lógico es pensar que fuera el Brocense quien presentara el manuscrito al Consejo. Otra causa hay que buscarle a la paralización de los trámites, y yo creo haberla encontrado en el omnipresente, inevitable Tribunal de la Santa Inquisición que intervendría, no se sabe si directamente contra nuestro Francisco de la Torre, o si de rechazo, al caer en desgracia el círculo de los ramistas y el propio Bro-

⁶ Aquí resulta de todo punto imprescindible recordar el excelente trabajo de don EUGENIO ASENSIO, «Ramismo y crítica textual en el círculo de Luis de León. Carteo del Brocense y Juan de Grial», *Academia Literaria Renacentista* (Salamanca, Ed. Univ. de Salamanca, 1981), pp. 47-476, de cuya lectura tanto se ha aprovechado mi trabajo.

⁷ Así lo demuestra el hecho de que la oda conjunta figure con las traducciones del apéndice y con otros escritos del Brocense en un manuscrito salmantino descrito por Jesús M.ª Liaño Pacheco en su *Sanctius el Brocense* (Salamanca, Ed. Univ. de Salamanca, 1971), pp. 28-48; y también en la *Opera Omniz* del Maestro (Genevae, apud Fratres de Tournes, 1766).

⁸ (In Vinetia, per Gio. Battista e Melchior Sessa Fratelli, 1558), pp. 607-608.

cense, procesado por primera vez en 1584⁹. Sea como sea, no parece descabellado pensar que el manuscrito se quedase en su casa, como cosa suya que era y que de allí saliese cuando el 20 de octubre de 1600, con motivo de su segundo proceso, el Santo Oficio ordenó la intervención de sus libros y papeles y el traslado de todos ellos a Valladolid para su examen. De los papeles ha quedado noticia (si bien no muy detallada), pues se inventarían al cumplirse la orden, y gracias a un segundo inventario, llevado a cabo el 22 de noviembre de 1602 —después de la muerte del Brocense—, sabemos que algunos de ellos, concretamente ciertos manuscritos que contenían poesías, bien en latín, bien en romance, han desaparecido en el ínterin. ¿Qué pudo haber ocurrido? Afortunadamente para nosotros, la propia práctica burocrática del primer proceso nos ofrece una pista interesantísima: don Manuel Sarmiento de Mendoza, Canónigo de la Catedral de Sevilla, de vuelta a dicha ciudad después de una visita a Salamanca, se ofrece voluntariamente para trasladar los libros y escritos confiscados al Brocense hasta Valladolid, y a él se los confían «por ser el mejor mensajero que se podía ofrecer para [su] buen recaudo»¹⁰; pues bien, a este fiel mensajero le debemos —creo yo— la conservación no sólo del mejor manuscrito de las poesías de fray Luis de León, sino también del de las de Francisco de la Torre y de las traducciones de las que hablábamos más arriba; y paso a explicar por qué.

Quevedo publica en 1631, contemporáneamente, las obras de fray Luis y de Francisco de la Torre (en la Biblioteca Nacional de Madrid hay un ejemplar que forma volumen con ambas), y mientras en los preliminares de las del primero dice expresamente que las sacó de la librería de don Manuel Sarmiento de Mendoza, se lamenta de que las del segundo le hubieran sido vendidas con desprecio por un librero; cualquier lector atento se pondría en guardia ante tal disparidad porque parece demasiada casualidad el haber encontrado, por vías tan diferentes, dos manuscritos de poetas por tantos conceptos afines (en el de Francisco de la Torre se repetía incluso una oda de fray Luis), pero la duda no pasaría de ser eso, si no fuera porque es demasiado sospechoso que Quevedo se equivocara tan clamorosamente confundiendo la lírica de dos siglos, más cuando estaba lanzado en un ataque contra los culteranos para el que tendría que haber afilado bien sus lanzas; y porque resulta verdaderamente inaudito que no se dignara a contestar a las críticas —e insultos— que el portugués Faria y

⁹ Vid. A. TOVAR y M. DE LA PINTA LLORENTE, *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas* (Madrid, CSIC, 1941)

¹⁰ *Ibidem*, p. 281.

Sousa le brindó en su edición de *Os Lusíadas*¹¹ por haber cometido tamaño error. Quevedo había pasado por Sevilla en 1624, formando parte de la exposición real encaminada a Cádiz para hacer frente a Carlos Estuardo, y allí visitó a Sarmiento¹², el Canónigo que, fiel a sus amistades universitarias de juventud en Salamanca, continuaba al lado del Brocense en los amargos momentos de su segundo proceso (poco antes de la muerte de éste, Justo Lipsio le envía un caluroso abrazo para el Maestro en una epístola escrita en Lovaina)¹³, pero que, siendo más joven, había tenido la posibilidad de capear el fuerte temporal posttridentino que abatió a sus mayores, y de mantenerse así en un discreto segundo plano¹⁴.

Allí, en Sevilla, Sarmiento entregaría a Quevedo los dos manuscritos: el de fray Luis y el de Francisco de la Torre con la segunda parte del Brocense, y éste iniciaría más adelante, ya en Madrid, los trámites para su impresión ilustrando la del segundo con la complicada historia del librero desdeñoso, de los nombres tachados y del poeta del siglo XV, presumiblemente con la intención de ocultar la gravísima responsabilidad de Sarmiento, quien habría hecho desaparecer el manuscrito camino del Tribunal del Santo Oficio vallisoletano; si no es que ocultaban, ambos, algo más grave aún: algo relacionado con Francisco de la Torre, cuyo nombre, dice Quevedo y quizá no metafóricamente, fue borrado «con tanto cuidado que se le añadió *humo* a la tinta».

Qué se hizo de este manuscrito, es otro de los enigmas del laberinto Francisco de la Torre, pues —hasta la fecha— nadie ha dado con él; por fortuna, sin embargo, una puerta se ha abierto entre la maraña de corretores que ocultan al poeta y empieza a verse ya un poco de luz: en la Biblioteca Nacional de Madrid hay una copia manuscrita de parte de las *Obras* de Francisco de la Torre expresamente atribuida a él, de manera que tenemos, por fin, una prueba de su existencia que descarta la posibilidad de que bajo su nombre estuviera escondido algún otro personaje.

El manuscrito tiene la signatura Mss. 12936-9¹⁵ y está formado por

¹¹ LUIS DE CAMOENS, *Os Lusíadas*. Comentadas por Manuel Faria y Sousa (Madrid, por Juan Sánchez, año 1639), p. 136. Aunque la fecha de publicación es 1639, es decir, cinco años después de la edición quevedesca.

¹² Vid. LUIS ASTRANA MARÍN, *Vida turbulenta de Quevedo* (Madrid «Gran Capitán» —Negrija—, 1945), pp. 351-352.

¹³ *Selectarum Centuria singularis ad Italos et Hispanos*, (Anterupiae, Plantino, 1613). Epístola LXXXIX.

¹⁴ Pacheco, en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de Ilustres y memorables varones* (Sevilla, 1599), p. 47, dice de él: «No ignora los caminos del negociar por la experiencia que tiene, antes se juzga por más dichoso en la medianía, donde se halla quieto i seguro, i no teme deslizador».

¹⁵ Perteneció a la biblioteca de don Agustín Durán (quien no debía de saber lo que tenía, pues editó en su *Romancero* de la B.A.E. (Madrid, Ed. Atlas, 1945), XVI, 608, n.º 1786, la endecha II de nuestro autor sin mencionar el manuscrito en el cual figura), y pasó a la B.N. en 1863. Estaba pegado

dos cuadernillos —cuya conservación es excelente— con seis hojas útiles escritas a dos columnas, en cuarta, que contienen las *Endechas* (el tercero de los cuatro libros de las *Obras*); los cuadernillos llevan un número de orden en el ángulo superior izquierdo: 15 y 16 respectivamente, tienen señales de haber estado cosidos y pegados a otros papeles, y están escritos con sumo cuidado, como si fueran para la imprenta, empleando grafías propias de la segunda mitad del siglo XVI y siguiendo el mismo orden de composiciones que observa la impresión de 1631; pero no obstante todo, ha de concluirse que no es éste el manuscrito reproducido por Quevedo porque, además de que no tiene tachado el nombre de Francisco de la Torre (tal y como Quevedo insiste sucedía en el suyo), su letra es de la primera mitad del siglo XVII, siendo imposible por tanto que hubiera sido aprobado por Ercilla, muerto en 1594.

Tampoco puede pensarse, por otra parte, que el manuscrito sea una copia derivada de la edición, ya que los criterios ortográficos seguidos por uno y otra son distintos (mientras ésta sigue el de la modernización, el manuscrito es fiel al estadio más antiguo del texto), y porque entre ambos testimonios existen variantes textuales lo suficientemente significativas como para afirmar que los dos derivan, independientemente, del original perdido.

Concluyendo, el hallazgo del manuscrito de las *Endechas* de Francisco de la Torre demuestra algo tan aparentemente simple como controvertido: la existencia misma del poeta, y su autoría de las *Obras* editadas por Quevedo en 1631. De su estudio lingüístico se deduce, además, que su autor fue castellano, de modo que si relacionamos ahora este hecho con las consideraciones expuestas más arriba sobre el círculo poético salmantino en el que hubo de moverse Francisco de la Torre, obtendremos por fin alguna luz sobre este poeta petrarquista que escribió, en Salamanca y entre 1553 y 1572 (años de la primera edición de la antología italiana que traduce parcialmente y de la muerte de Almeida respectivamente), las *Obras* que conocemos gracias a la diligencia de Quevedo.

MARÍA LUISA CERRÓN PUGA

Universidad Autónoma de Madrid